LAS HORMIGAS

DESDE la sombra llegan las hormigas.
Ascienden implacables, dulces; pueblan
la mesa, los papeles; la ceniza
derraman, mas conservan el silencio
que con la madrugada ha frutecido.
Doradas, negras, rojas, diminutas
y apresuradas siempre, van trayendo
tanto como se llevan, van dejando
tanto como, levísimas, arrancan.
Una sostiene el grano decisivo
de arroz, otra la tímida migaja
de pan de una merienda entre los álamos,
otra la mancillada mariposa
o el imposible vuelo de una abeja
muerta en olor de miel y compañía.
Todas traen su tesoro, todas piden
a cambio mucho más. Saben que juegan
con ventaja—la noche, la distancia,
la soledad, el tiempo que robaron
y, puntuales, restituyen—, saben
que un hombre entre la espada del recuerdo
y la pared del corazón, acaba
cediendo siempre. Por lo tanto exigen
más de lo que sería justo, más
de lo que puedo darles.
Pasan, cruzan,
se entrecruzan mil veces, giran, vuelven
a comenzar su fiel peregrinaje
con esa urgencia de vivir que brota
de la fugacidad de su reinado,
y, de pronto, no están.
Silencio. Así

como fué larga y lenta su venida
en sucesivas oleadas, fué
repentina su ausencia. Un leve soplo
de viento de hoy bastó—silencio—para
su muerte. Regresaron al olvido
de donde, en multitud, salieron. Era
tanto lo que pedían, que su muerte
resultó, al cabo, tan piadosa como
necesaria. Silencio. Añadiría
un epitafio en su memoria, un solo
verso, quizás una palabra sola
que las interpretara y resumiera.
Mas, desgraciadamente, es tarde ya.
Silencio.



CARLOS MURCIANO